



El envidioso

Una historia sacada del *Fih-e mā Fih-e* de Rumi



Un hombre en su peregrinación a La Meca, tras equivocarse en un cruce, se perdió en el desierto. Erró durante días, incapaz de encontrar el camino hasta que, finalmente, su reserva de agua se agotó. Dominado por la sed, estaba a punto de perder toda esperanza de ser salvado, cuando avistó a lo lejos una pequeña tienda solitaria y remendada.

Sacando fuerzas de flaqueza, el hombre consiguió llegar a la tienda. Allí, una mujer beduina le dio la bienvenida y, al ver en que condición se encontraba, le hizo pasar a la tienda y le pasó un odre lleno de agua, esa agua que tan desesperadamente necesitaba.

A pesar de que su necesidad era enorme, el hombre pudo a duras penas tragar aquella agua. Lejos de ser el dulce líquido refrescante que él esperaba, el agua tenía un sabor tan amargo y tan salobre que prendió fuego a su garganta, pero le salvó la vida. Por eso, agradeció a la mujer su generosidad al compartir lo poco que tenía.

Tras haber recuperado sus fuerzas, el hombre decidió recompensar la generosidad y bondad de la mujer dándole un consejo.

«Estoy en deuda contigo, amable dama, por el alivio que de tus manos he recibido. Mi corazón está colmado de agradecimiento. Escucha con atención lo que voy a decirte». Y el hombre, señalando con su mano, dijo: «Mira, en esa dirección se encuentra una magnífica ciudad llamada Bagdad, llena de maravillas que tú no puedes siquiera imaginar. Allí puedes encontrar gran cantidad de agua, limpia y fresca, agua dulce sin rastro de sal o impurezas, y deliciosa comida de todas clases, así como baños, perfumes, bazares llenos de caprichos caros y lujosos, y

otros miles de cosas asombrosas. Aunque tú y tu familia estuvierais muy enfermos, si fuerais en esa dirección lentamente de sitio en sitio, con paciencia podríais llegar a la meta».

La mujer estaba asombrada con lo que el hombre contaba, pero no dijo nada.

Al cabo de un rato, llegó su marido que traía algunas ratas del desierto que había cazado para cenar. Tras saludar al invitado, el beduino lo invitó a cenar con ellos. Al hombre le daba asco pensar en comer esa comida, pero estaba tan hambriento que aceptó la invitación. El beduino le dio luego una manta y el hombre salió de la tienda para ir a dormir fuera.

Cuando estuvieron solos, la mujer le dijo al marido: «Deberías haber oído las cosas increíbles que nuestro invitado me ha dicho mientras estabas fuera cazando».

Él preguntó: «¿Como, por ejemplo?».

Y la mujer le repitió todas las cosas que el hombre le había dicho sobre la magnífica ciudad llamada Bagdad y cómo podían viajar hasta allí si se lo proponían.

El marido contestó, sacudiendo tristemente su cabeza tras oír la historia de su mujer: «No escuches esas charlas, hay muchos envidiosos, gentes cortas de mente en este mundo, mujer. Cuando conocen a alguien que ha sido bendecido con el confort y la abundancia, la envidia los corroe y quieren que esa persona vague por ahí buscando algo mejor para así privarlos de su buena fortuna. ¡No prestes ninguna atención a esas fábulas! ¿Qué podría ser mejor que nuestra vida aquí?».

